

VIAJE
LA RUSIA MERIDIONAL

LA CRIMEA

LA HEZBIA, LA KAZAKOVA Y LA MORDAVIA

PRINCIPE DE PENINSULA

S. M. el Emperador de todas las Rusias

NICOLAS I

TOMO II

MEXICO

IMPRESA DE ANDRÉS Y SAGALANTE

1860

CAPITULO I.

YALTA.--BAGHTCHEH-SARAI.

Antes de marchar de Yalta á fin de dedicarnos á nuestras investigaciones en el suelo de la Táurida, teníamos que ocuparnos de algunos preliminares indispensables. Esto nos detuvo dos dias, mas no fueron perdidos para las escursiones de nuestros naturalistas, ni para las conquistas de nuestro pintor. Esta divertida campaña no podia comenzar con mejores auspicios. El señor conde de Woronzoff quiso ayudarnos para trazar nuestro itinerario, contábamos con un buen guía y grandes recomendaciones, é íbamos á comenzar la vida nómada de los cazadores, geólogos y naturalistas. Teníamos el blanco delante: solo nos faltaba tocarlo.

La tarde del dia 13 todos estábamos en la playa de Yalta cuando el vapor *Pedro el Grande* que nos

habia traido dejaba la bahía bastante agitada aún, y hacia rumbo al Este, llevándose dos personas que iban á reunirse con M. de Demidoff, y los coches que desembarcando en Kaffa habian de reemplazar los telegos: colocados en una eminencia desde donde se descubre un gran trozo de mar, seguimos por largo rato la marcha del buque agitado por una fuerte marejada. En esa altura donde nos hallábamos, descansó en otros dias la antigua iglesia de Yalta, y en sus cimientos rodaban dos cabezas dignas del sepulturero de Hamlet. Aprovechamos esos restos mortales, restos orgullosos quizás, puesto que los hallamos abandonados bajo el pavimento del santuario.

Cerca de ese sitio y en otra altura se alza la iglesia nueva, linda, ligera y cuajada de delicadísimas esculturas. Se entra por una elegante torre, y corona todo el edificio un oriental cimborio rodeado de otros cuatro menores.

Reconocimos al dia siguiente los alrededores de aquel sitio. Corren hácia la bahía de Yalta dos riachuelos que las tempestades y el derretimiento de las nieves convierten algunas veces en torrentes. El primero que ha dado nombre á esta modesta ciudad sale de la base de un admirable recinto de montañas, atraviesa un valle cubierto de huertas y

jardines, y se pierde en el mar, cerca de la punta de Yalta. El otro, que va á morir en la playa, mas al Sur, hácia el cabo de Ai-Todor se llama *Chrimasto-Nero*. Durante el estío, algunos hilos de agua cristalina se esparcen sobre las piedras de ese lecho abierto por un torrente, y no porque el agua no abunde, sino porque al pasar cerca de los jardines de los tátaros, el rio paga á esos agricultores, muy inteligentes en el arte del riego, el tributo de sus limpias aguas, que dispersándose por canales ingeniosamente abiertos, bañan grandes plantíos de cáñamo y de tabaco. Remontamos ese valle andando por el lecho del torrente obstruido muchas veces por las peñas profusamente cubiertas de pinos, de cedros y de enebros, entre los cuales descuellan elegantes y atrevidas agujas cual flechas de una catedral gótica. El aire era tranquilo, el silencio profundo y la soledad completa.

Al volver atrás visitamos un pueblo tártaro colocado bajo la sombra de sus nogales en la márgen del torrente. La geografía de los orientales que suele designar los lugares por su aspecto ó su posicion pintoresca, ha llamado á este sitio *Déré-Kuí*: la primera de cuyas voces significa valle, y la segunda pueblo. Las casas de los labradores tártaros casi siempre están colocadas en terreno cuya inclinacion

permite disponerlas en anfiteatro: tres paredes poco altas constituyen los lienzos del modesto edificio, cuyo cuarto lado es la colina: las vigas y los zarzos colocados sobre esas paredes forman una especie de terrado que los tártaros saben hacer impenetrable á la humedad. Encima de ese terrado, terso como el pavimento de nuestros salones, coloca el labrador sus frutos y hace secar los granos, allí respira el fresco de la tarde, habla con sus amigos y sus vecinos: desde allí observa lo que pasa á lo lejos, cuando su fiel y ladradora jáuria se arroja sobre el extranjero. Ese terrado es, propiamente hablando, la casa entera. Entre todas esas plataformas descuella la del *Ombachi*, jefe municipal del pueblo, que viene á ser la plaza pública, el *forum* en donde se dan las noticias, se discuten los asuntos comunes del vecindario, y son recibidos los forasteros mientras se arreglan los preparativos de la oficiosa hospitalidad que es para este pueblo un deber religioso.

Déré-Kuí está cubierto en su pendiente inferior por un bosque de grandes nogales de frondoso ramaje. La fuente pública oculta bajo esa sombría bóveda, estaba circuida de grupos de mujeres, á quienes puso en fuga nuestra llegada. Envueltas en sus anchos velos blancos y corriendo en medio de

las sombras, nos parecieron las felices almas de los Eliseos. Todo estaba en armonía con esta comparación virgiliana, el fresco, el silencio, el murmurio de las aguas, y el ligero correr de las fugitivas. Si se encuentra una mujer en una angosta senda, vuelve atrás á toda prisa, antes que desafiar el rostro de un infiel; y si la distancia á que uno pasa, la tranquiliza, se contenta con volverle obstinadamente la espalda desde el instante en que alcanza á verlo. Los mismos niños, á despecho de su curiosidad natural, participan de ese horror hácia los extranjeros: á pesar de lo cual, algunos muy lindos y de trazo vivaracha nos seguían de lejos, y con cierta timidez, dispuestos á huir á la mas pequeña alarma. Gustábales mucho vernos disparar contra las tórtolas que pueblan el arbolado de *Déré-Kuí*. Son esos niños muy bonitos, ágiles y bien formados; llevan un vestido muy angosto y cubren la cabeza con un gorro encarnado, del cual sale una hermosa cabellera, artísticamente trenzada por mano materna. Cuando el niño ha crecido, al gorro rojo sucede uno negro de piel de cordero, que es el comunmente usado entre esas gentes. Como llevan el gorro muy encasquetado las orejas se quedan afuera, y esta es la razón porque todos las tienen tan separadas de la cabeza. El hombre formado es bien dispuesto y

atrevido, tiene buena talla, hermosos ojos y nariz aguileña, y en toda su persona se descubre la inteligencia, pero es naturalmente perezoso, y perezoso con delicia; á pesar de lo cual, en caso necesario, sabe soportar las mas duras y penosas fatigas.

Hablan la lengua tábara con acento tan ronco y disfrazado, que debe ser muy difícil comprenderlo aun á los mismos que la saben. Esa ronquera habitual sin duda procede de la costumbre de gritar al aire libre sobre los terrados. Dirigen con mucho conocimiento el cultivo de todo el valle de Yalta, y ya hemos dicho cuanto contribuye á la fertilidad general, la bien entendida distribucion de las aguas.

En Alupka recibimos el día 15 un itinerario que abrazaba todos los sitios de la Táurida, dignos de llamar la atención de los viajeros. Nuestra primera ruta describía en el mapa de la Crimea un circuito que abrazaba como puntos capitales Baghtcheh-Sarai, ciudad de los Khans, Sebastopol, el grande arsenal marítimo y todo el antiguo Quersoneso, tan lleno de recuerdos históricos y poéticos. Salimos para esa interesante romería, pertrechados con todo lo que pudiera hacer el viaje tan cómodo como instructivo, y las cartas del gobernador ge-

neral, nos aseguraban un buen recibimiento en todas partes. Un firman escrito en ruso y en tábaro, nos prometía los medios de transporte y los caballos necesarios, y el conde Woronzoff nos había enviado un guía llamado Miguel Barba-Christi, que era oficial de la compañía de los *arnuts* de Yalta, y que no tardó en ser amigo de todos.

La milicia griega llamada *arnuts* se compone de un batallón especialmente destinado á guardar las costas de la Crimea, y sus principales fuerzas están en el pequeño punto de Balaklava, desde donde salen los destacamentos hácia los puntos del litoral en que su presencia es necesaria. Su origen se remonta al año 1769, cuando la Rusia hacia la guerra á la Puerta otomana; pues como una division naval, compuesta de griegos del Archipiélago, secundó entonces de un modo muy eficaz los esfuerzos del ejército ruso, terminada la campaña, los restos de aquella valiente escuadra fueron recogidos en el territorio del imperio, y organizados en un regimiento que prestó muy señalados servicios contra las insurrecciones de los tábaros.

Poco despues se dió á ese cuerpo el nombre de batallón griego de Balaklava, y se le distribuyeron tierras; de suerte, que hoy es una verdadera colonia militar, cuyos miembros llamados por interva-

los al servicio, se entregan pacíficamente las dos terceras partes del año al cultivo de sus posesiones. Dificil es explicar el origen del apelativo de arnuts con que se les conoce, y tal vez seria preciso buscar su raiz en voces griegas como *arnos*, carnero, ó *arnaki* oveja, y suponer que los antepasados de esa reducida tribu vecindada hoy en las rocas de Balaklava fueron pastores. Sea de esto lo que quiera, apenas nuestro guía, el teniente Miguel Barba-Christi, tuvo noticia de la orden recibida de Alupka, cuando se ocupó con la mayor eficacia de los medios de trasporte que necesitábamos para trasladarnos á Baghtcheh-Sarai.

Antes de las seis de la mañana del día 16, estábamos todos á caballo, y la alegre comitiva subia ya por el valle de Yalta, marchando uno tras otro por la senda paralela al rio. Nueve ginetes y cinco tátares á pié componian la caravana bastante pintoresca, porque nuestro traje habia variado mucho desde el dia en que nuestro uniforme llamó la atención de los viajeros del Danubio. Habiamos sufrido el influjo tátares que supo imprimir su color oriental á nuestras personas y á nuestros vestidos. Cuando vimos nuestra cabalgata dibujada en las primeras pendientes del Yalta, nos sorprendió á nosotros mismos. Los caballos que montábamos tienen poca

talla y apariencia mezquina, mas bien pronto aprende uno á avalorar sus escelentes cualidades. Son infatigables, nunca se desalientan y el pasto menos sustancioso basta para restablecer sus fuerzas. Sus piés son tan seguros en los peñascosos senderos y en la pendiente de los precipicios como en las carreteras mas anchas y mejor construidas. En las bajadas son lentos y prudentes, mas al llegar á una subida echan al galope. La silla que usan los tátares es un ligero y duro marco de madera cubierto con un grueso cojin de cuero: con lo cual el caballero colocado muy alto y con los estribos muy cortos domina de tal modo la cabalgadura, que no puede apretarle los ijares. Avezados á semejante modo de montar, están muy firmes á caballo, mas el extranjero necesita mucho ejercicio para adquirir esa costumbre. Así caminábamos, llevando cada uno algo de bagaje, quién los album y la mochila del artista, quién los formidables martillos del geólogo, quién los herbarios, las escopetas y las redes de gasa, fatales para las mariposas: los caballos de carga llevaban los víveres y las redes de pescar, las capas y los utensilios de cocina y de campamento, los barriles de aguardiente y las ligeras maletas que contenian nuestros vestidos de ciudad. Tal era nuestra grotesca procesion cuando comer

zó á encumbrarse sobre el horizonte de Yalta.

Encuéntanse luego grandes peñascos redondos en que la senda se va oblicuando para subir gradualmente, puesto que seria una locura atacar de frente ese circo gigantesco que parece levantarse vertical sobre la cabeza. Era maravilloso ver cómo nuestros pequeños caballos se encumbraban por las rodadoras piedras, cuyo ronco y lejano ruido resonaba todavía en los valles cuando ya la cabalgata habia ganado la cima. En region mas elevada se encuentra una hermosa casta de pinos, elegantes como los de Italia: críanse muy bien en las inmensas quebradas del Yaila, pero se vuelven raquíuticos en los picos mas altos. Ese hermoso árbol llamado *pinus táurica* es el sombrío adorno de esas comarcas que hermosea las vertientes de la cordillera de Crimea. Despues de hacer alto en un terreno cubierto de musgo, y bajo las sombras de esos bellos pinos, empezamos á subir las alturas.

De pronto se va siguiendo el escarpado flanco de una inmensa montaña cónica, llena de jibas por un sendero que parece rasgado por un rayo. Márchase sobre un precipicio que se dirige á derecha é izquierda, y algunas veces se atraviesa el abismo por un tronco de árbol; á medida que se sube, la escena se engrandece, mientras que la bóveda de los

seculares pinos va poniéndose mas espesa. Cuando se ha alcanzado á la cima de ese cono cubierto de una vegetacion lozana, se llega á una meseta desnuda; una cuesta suave conduce desde ese punto á la cumbre de la montaña, y al llegar á esa altura, que no baja de novecientos metros, se encuentra cual una felicidad inesperada, el mas hermoso hilo de murmurante agua que jamas haya apagado la sed del viajero.

En el punto culminante del Yaila y en un sitio llamado *Stille-Bogas* hemos disfrutado por largo tiempo del mas rico panorama de la Crimea. Hacia el Sur, el mar terminaba el cuadro, y ese horizonte azul se confundia con las transparentes tintas de la atmósfera. En el confin de una magnífica alfombra de verdura aparecian Yalta, su azulada bahía y sus numerosos buques. Hacia el Norte y al Oeste cambia la escena presentando montañuelas que recuerdan el *montes exultaverunt sicut arietes*, hasta que se llega al Tchadir-Dagh, el gigante de los Alpes táuricos.

Al bajar por el lado opuesto de *Stille-Bogas* los bosques son menos espesos, los árboles mas combatidos, se pliegan sin romperse al embate del viento Norte, y solo en las quebradas profundas se descubren esas bellas tintas calientes, esos ricos tonos,

esos paisajes alumbrados por el sol del Mediodía. Con no poca fatiga llegamos á un pueblo situado en el fondo de un valle al cual fuimos á parar por sendas practicables tan solo para las cabras y para los caballos tátaros: y á pesar de esto muchas veces resbalaron encima de espantosos precipicios. Estos malos pasos nos hicieron entrar con gusto en el pueblo de *Buyuk-Uzen-Batch*. Nos ofrecieron hospitalidad y nos prepararon el café, mientras nuestro cuidadoso guía procuraba reemplazar con caballos frescos los que hasta allí nos habian conducido.

El nombre de *Uzen-Batch* procede de una fuente vecina, pues *Batch* significa cabeza, y *Uzen* arroyo: mas como habia en ese territorio dos pueblos que debian el mismo nombre á la circunstancia misma, los tátaros los distinguen en pequeño *Külchuk* y grande *Buyuk*, y en este cambiamos los caballos. El cuarto en que nos recibieron estaba limpio y tenia un gusto notable: las paredes y el techo estaban cubiertas de enmaderamientos embutidos de hábil ejecucion. Ocultaba el suelo una alfombra de brillantes colores: recorria los tres lados de la sala un canapé ancho y muy bajo, y una pequeña chimenea en forma de nicho, abierta en la pared á tres piés del suelo, conservaba algunos restos de fuego.

Es preciso confesar que esa hospitalaria casa era un café destinado al solaz de los ociosos, mas desierto á la hora que nosotros entramos que era hora de dormir. Los habitantes del pueblo son activos é industriosos como todos los tátaros, y dedícanse principalmente á la carrocería, y fabrican ruedas en tanta copia, que desde allí son remitidas de veinte en veinte pares y mas, ensartadas en una larga percha, para la Crimea central, en donde encuentran pronta salida, merced á las continuas necesidades del acarreo.

Se deja el pueblo, se dejan sus huertos y jardines, se atraviesa un largo camino entre una vegetacion pobre, un suelo pedregoso, que al fin es un torrente sin agua, pero cuya anchura atestigua la impetuosidad periódica, y por último se encuentra todo un valle erizado de pequeñas eminencias cónicas de esquita y arcilla, en las cuales las lluvias han dejado surcos y caprichosas cortaduras. M. de Normann, para quien este pais es ya conocido, nos habia recomendado mucho que penetráramos en un ancho valle, que segun dijo, abreviaria el camino de *Baghtcheh-Sarai*: pero la memoria de nuestro inteligente compañero le fué infiel en este sitio, y nuestros guías, acostumbrados á la sumision, no eran hombres capaces de rectificar la ruta marca-